

- Virtudes, han de estar llenas, lib. 1, cap. 5.
Vision del capítulo I de Ezequiel, qué significa, lib. 4, cap. 7, § 3.
Vista de Dios, cuánto vale en ponderacion del mismo demonio, lib. 4, capítulo 1, § 1.
— Historia notable acerca de esto, *ibid.*
Vitelio, emperador, qué fin tuvo tan desastrado, lib. 3, cap. 3, § 1.
Vocacion á la perfeccion, cuán peligroso es dejarla, lib. 4, cap. 7, § 3.
Voluntad del bienaventurado, cuán gozosa, lib. 4, cap. 1, § 1.
Voluntad del condenado, cuán atormentada, lib. 4, cap. 10, § 3.
Vómito, qué significa en un lugar del Apocalipsis, lib. 2, cap. 5.
Voz de Cristo, cuán tremenda en el juicio, lib. 2, cap. 7, § 3.
Wenceslao, rey de Bohemia, murió de una cólera, lib. 3, cap. 7, § 3.

Z.

- Zenon, deseoso de componer su vida fue remitido por el oráculo á los muertos, lib. 1, cap. 3.
— Holgóse de que se hubiese anegado su hacienda, lib. 3, cap. 10, § 2.
Zenon, emperador, se comia de hambre sus mismos brazos, lib. 3, cap. 3, § 2, y lib. 4, cap. 11, § 1.
— Enterrado vivo, lib. 4, cap. 11, § 1.
Zeuxis, pintaba para la eternidad, y por eso pintaba despacio, lib. 1, capítulo 8, § 4.

INVECTIVA

CONTRA EL FAVORECIDO DESAHOGO, EN FAVOR DE LA DESVALIDA MODESTIA.

Dama hermosa, que pretendes
Con tus ojos cristalinos
Atraer las voluntades
De los jóvenes lascivos:
Tú, que con boca de nácar,
Aunque con color postizo,
Imaginas ablandar
A los diamantes mas finos:
Tú, que adornas la cabeza
Con lazos, trenzas y rizos,
Las mejillas con color,
Las orejas con zarcillos,
El cuello con alabastro,
Los dedos con los anillos,
Con agua de olor las manos,
Y finalmente el vestido
Con el oro, con la plata,
Con la seda y ámbar fino,
Para detener al joven
A tu voluntad cautivo.
Atiende, humanado ángel;
¿Ángel he dicho? ¿Qué digo?
Demonio, fiera cruel,
Espantoso basilisco,
Que solo con un mirar
De tus ojos de improviso,
Sin que llegues á tocar
Con lanza, espada ni tiro,
Matas, destruyes, sujetas
Al Aquiles mas temido:
Sirena siempre engañosa,
Que con solapados silbos
Atraes los navegantes
Rendidos á tus suspiros;
Dragon, rayo, trueno y áspid,
Sierpe feroz, precipicio,
Tigre que nos despedaza,

Hidra del horrendo abismo;
Atiende, repara, escucha,
Mira, advierte que te digo:
Eres de mayor mal causa
Que Elena al troiano hizo.
¿Cuántos jóvenes bizarros
Están en llamas hundidos
Sin remedio en el infierno
Porque miraron tu aliño?
¿Cuántos reyes? ¿qué monarcas?
¿Cuántos príncipes altivos,
Privados, duques y condes,
Valientes, pobres y ricos,
Eclesiásticos, seglares,
Medianos, grandes y chicos
Pueden ser de esta verdad
Por experiencia testigos?
Dirás que se condenaron
Porque siempre inadvertidos
Anduvieron en mirar
Lo que desear no es lícito.
Está bien; pero ¿quién duda
Que quien fue de un gran delito
Causa no esté por la ley
Sujeto al mismo suplicio?
¿No te mueve esta razon
Para evitar el peligro
En que tantos tropezaron?
Pues teme un justo castigo.
Y si esto no te convence,
Advierte que habla contigo
Quien esto experimentó,
No en otro, sino en sí mismo.
Yo sé bien que muchas veces
(Dios es de esto buen testigo)
No reparara en tu cara,
Ni hubiera á Dios ofendido,

Si no incitara el color
De tu rostro, y el aliño
De tu cabeza, ataviada
Con varios lazos y rizos.
Yo sé bien... pero mas vale
Callar, labios, que aun decillo
No podréis sin ofension
De los honestos oídos.
Si acaso alegar pretendes
Que llevarles es preciso,
Porque tu sublime estado,
No pierda de su puntillo;
¿Quién mas que Isabel de Hungría
Y otras reinas que han vivido
Honestamente, pudiendo
Rozar vestidos muy ricos?
Ó sino, dime : ¿Hay mas gala,
Ni nobleza nunca ha habido
Como la virtud? ¿Qué dices?
Ea, muda ya de estilo;
Y para que mejor veas
Como por los mismos filos
Te convenzo, estáme atenta,
Y verás que con el mismo
Argumento que me haces
Vendrá á quedar convencido
Tu entendimiento, si ya
No está del todo rendido.
Dicesme que por ser noble
Es fuerza; pero yo digo
Que por ser tan noble estás
Obligada á resistirlo.
Ya debes saber sin duda
El uso que han adquirido
Las ilustres catedrales
De poner muy poco aliño
Cuando hay mas celebridad:
Y la razon de este arbitrio
Es, porque en cualquiera parte
Llenan un día festivo
El altar de variedad,
Y parece un abanico.
Ahora pues, ya me entiendes;
La moralidad aplico.
Por lo mismo que eres noble,
Viendo que todo el bullicio
De la gente popular
Está llena de este vicio,
Debias ser singular,

Llevando honesto el vestido.
Y si quisieres saber
Con cuánta razon lo digo,
Atiende, y verás bien claro.
Cuántos nobles lo han seguido.
Y primero te propongo
Al gran monarca Filipo
El Cuarto, de quien referen
Sus historias cosas dignas
De eterna é inmortal memoria.
Este, pues, Rey sábio y pio,
Y con razon el Prudente,
Una pragmática hizo
Con que reformó las galas,
Comenzando por sí mismo.
Tacioto emperador, siempre,
Aun despues que fue elegido,
Constante perseveró
Sin querer mudar vestido.
Teodosio, Arcadio y Honorio,
Césares todos invictos,
Vedaron con el rigor
De un decreto ejecutivo
La seda, el oro y la plata;
Y los romanos lo mismo
En la ley Vestiaria hicieron:
Todo lo cual es indicio
De que los nobles siguieron
El traje llano y sencillo.
Tambien Alejandro rey,
A quien el gran Dionisio
De Sicilia, rey tirano,
Presentó ropajes lindos
Para adorno de sus hijas,
Jamás admitirlos quiso,
Dando por satisfaccion,
Que antes aquellos vestidos
A sus hijas privarian
De su gentileza y brio;
Pues con ellos perderian
Lo que habian adquirido,
Que era la opinion de honestas.
Y Clemente Alejandrino,
Con la elocuencia que siempre
Suele, dice en sus escritos,
Que los de Lacedemonia
Solo habian permitido
A las mujeres infames
El llevar tales aliños.

Finalmente Julio César,
Estándose en su retiro,
Le entró á visitar su hija,
Bizarra y con grande aliño;
Y cuando imaginó hallar
Agrado en su padre, vido
Que con mostrarse severo
Apenas hablarla quiso.
Ella prudente entendió
La ocasion de este desvío;
Y así en el día siguiente,
Dejando el traje lucido
Y bizarro, volvió á ver
A su padre, el cual benigno,
Mostrando el rostro risueño,
Con grande agrado le dijo:
¡Oh cuánto mejor le está
Aqueste honesto atavio
A la hija natural
Del Emperador! Y visto
Por Julia el deseo y gusto
De su padre, jamás quiso,
Por no darle mas pesar,
Ponerse tales vestidos.
Considera ahora, pues,
Los ejemplos referidos;
Y verás como es de nobles
Llevar vestidos sencillos.
No puedo, dirás, que soy
Casada, y á mi marido
He de obedecer, que quiere
Vaya bizarra, y Dios quiso
Que la mujer agradase
A su esposo, y el aliño
Me parece ser buen medio
Para ganar sus cariños.
¡Cómo ciega la pasion
(¡Ay Dios!) á quien el oído
Cierra á la razon del todo!
Tú misma, señora, has sido
La que tu duda convences,
Y de tu argumento mismo
Saco la razon mas fuerte
Para roborar el mio.
Si tú dices que Dios quiere
Agrades á tu marido,
¿Cómo, pues, estando en casa
(Seas tú misma el testigo),
Teniendo siempre presente

A quien dices que has querido
Agradar, jamás reparas
En estar sin ese aliño,
Sin color, cintas ni galas,
Sin valona y aun anillos;
Y cuantas veces se ofrece
Ir al baile, prado ó rio,
Comedia, sarao ú otra
Fiesta, y paseo nocivo,
Donde jamás aparece
Otro que el galan lascivo,
El que te escribió la carta,
El que te habló con cariño,
El que te solicitó;
Donde todo es precipicio,
Donde todo es desear,
Donde hablar es permitido
Al lascivo con su dama,
Y á la dama con su amigo;
Allí pones tu cuidado
En imitar al armiño,
En teñirte los cabellos,
En hacer trenzas y rizos,
En acomodar los lazos,
En apretar el justillo,
En componer el color,
Y acomodar el vestido
A un cuerpo que en breve tiempo
Cuando esté mas divertido,
Cuando esté mas bien hallado,
Cuando mas puesta en olvido
Tenga la cuenta que Dios
Le ha de pedir ofendido,
Lo cogerá un grave mal,
Quedará todo tendido
En el potro de una cama,
Donde lleno de suspiros,
De angustias y de temores,
Perdiendo todo el sentido,
Quedará como una piedra,
El color amortecido,
Sin olfato, sin el tacto,
Sin vista, gusto ni oído:
Arrojaránle de casa
A toda priesa, y metido
En una asquerosa hoyo
De siete palmos medidos,
Dejarán al desdichado
Parientes, padres y amigos,

Sin acordarse jamás,
 Como si no fuera amigo,
 Como si no fueran padres,
 Ni para los padres hijos.
 Y cuando tu cuerpo triste
 Será todo consumido
 Del polvo y de la polilla,
 De la podre y gusanillos,
 Quedando todo deshecho,
 Feo, horrendo y podrecido,
 Se irán á casa tus padres,
 Y llorándote un poquito,
 En breve se alegrarán,
 Olvidado ya el tendido.
 Considera esto de espacio,
 Mira quién tiene rendido
 Tu corazón, tu prudencia,
 Tu razón, alma y sentido:
 Mira si es justa razón
 Que por un cuerpo abatido
 Sujetar quieras al alma
 A arder siempre en el abismo.
 Basta ya, dejemos esto,
 Vamos á coger el hilo
 Donde pueda convencer
 La razón que me has traído,
 Diciéndome gusta de ello
 Tu esposo. ¿Cómo decirlo
 Puede tu esposo, y gustar
 De aquesto, cuando es preciso
 Que en estas vistas se pierda,
 Una de dos, ó el cariño
 A tu consorte y esposo,
 Ó el mas precioso vestido
 Y gala de vuestro honor,
 Frágil como el débil vidrio?
 Para la mayor razón,
 Y el mas eficaz motivo,
 Dejando muchos aparte,
 Sea tu provecho mismo.
 Dejo aparte, que tendrán
 Mas dote tus hijas é hijos:
 Tampoco meterme quiero,
 Que entiendo es capricho mio;
 Pero quizá te hallarás
 Al año con menos vicio,
 Con menos remordimientos
 En la conciencia, y afirmo
 Con menos cuenta que dar

A Dios uno, sumo y trino.
 Dejo tambien, que serás
 (Perdonadme si me explico)
 Notada, muy murmurada,
 Siendo blanco del vil vicio
 De la murmuración, peste
 De este y demás siglos.
 Solo pretendo que atiendas
 A tu provecho; y no miro
 A tu quietud, tu descanso,
 Y de tu cuerpo el alivio.
 Dime: ¿es mayor el tormento
 Que padece un capuchino,
 Un cartujo, un ermitaño,
 Y un mártir en el martirio?
 Un capuchino si duerme
 En duras tablas de pino;
 Tú aun de día, desvelada,
 Llevas tu cuerpo ceñido
 De costillas de ballena,
 Horrendo animal marino.
 Si el cartujo rodeado
 Está todo de un cilicio;
 Yo entiendo atormenta mas
 A tu pié el calzado mismo.
 Si el ermitaño con yerbas
 Satisface á su apetito,
 A fin de estar mas hermoso
 Delante de Jesucristo;
 Tú presumes ser mas blanca
 Comiendo barro cocido.
 Y si los Mártires todos
 Padecieron un martirio;
 Tú sola padeces tantos,
 Y tan grandes, que me admiro;
 Mas con esta diferencia,
 Que ya aquellos han tenido
 Su galardón en el cielo;
 Pero temo que el abismo
 No te espere con el premio
 Que tú misma has merecido.
 Advierte que no pretendo
 Decir en esto que he dicho,
 Que solo precisamente
 Por llevar aqueste aliño
 Se comete culpa grave;
 Que eso toca decidirlo
 Al teólogo prudente:
 Solo digo es precipicio,

Y causa de muchos males;
 Que á quien como leal hijo
 Ama á Dios su tierno Padre,
 Basta solo este motivo.
 A mas de que, aunque no sea
 Pecado, está tan unido
 Con otros muchos que causan
 Estas galas, que me admiso
 Como hay mujer que se atreva
 Llevarlas nunca consigo.
 Y porque veas mejor
 Si es verdad lo que te digo,
 Quiero que sepas lo que
 Sucedió á santo Domingo,
 El cual pasando una calle,
 Del Espíritu movido,
 Levantó al cielo los ojos,
 Y encima una casa vido
 Muchos Ángeles, que alegres,
 Placenteros y garifos,
 Se ocupaban en guardar
 Muy atentos aquel sitio.
 Entró, pues, el Santo en ella
 Para saber qué prodigio
 Ó misterio contenia;
 Y halló que con gran retiro
 Tres doncellas se ocupaban
 Cada cual en su ejercicio:
 A pocos lances halló
 Que su vida habia sido
 Muy ejemplar, y tan santa,
 Que le habian confundido.
 Alabó á Dios, y entendiendo
 Que eran muy pobres, las hizo
 Socorrer con brevedad;
 Que los Santos son muy ricos.
 Volviendo de allí á tres dias,
 En lugar de parainfos,
 Halló asistida la casa
 Y tejados de malignos
 Demonios: lo cual causó
 Admiración en Domingo.
 Entró dentro por saber
 La ocasión; y halló motivos
 De dolor y sentimiento,
 Pues en lugar de cilicios
 Y disciplinas, topó
 Que ya con vestidos ricos
 Muy bizarros, que mercaron
 Con aquel socorro mismo
 Que les dió muy liberal
 Un caballero, movido
 De Domingo, se adornaban,
 Olvidadas de su antiguo
 Y mas que feliz estado,
 Las doncellas que antes vido
 De los Ángeles servidas:
 De lo cual compadecido,
 Mas lloroso que enojado,
 Les dió un eficaz aviso,
 Refiriéndoles al punto
 Lo que entrando habia visto.
 Mira tú si será daño
 De quien no solo vestidos
 Bizarros lleva, sino
 Tantos sainetes lascivos.
 Y así, prudente Señora,
 Por las lágrimas de Cristo,
 Por sus dolores y clavos,
 Por los piadosos suspiros
 Que en su pasión arrojó
 Por tu amor y por el mio,
 Por sus azotes, espinas,
 Por sus sudores, caminos,
 Trabajos, cansancio, sed,
 Ayunos, desprecios vivos,
 Y por el ardiente amor
 En que siempre de continuo
 Se abrasaba, deseando
 Llevarnos al paraíso:
 Por los raudales de penas
 Y dolores excesivos
 Que á María, pura y virgen,
 En la muerte de su Hijo
 Cercaron y atormentaron,
 Sin hallar en algo alivio,
 Te suplico eficazmente,
 Y humildemente te pido,
 Que no seas ocasión,
 Que no quieras ser motivo
 De tanta ofensa de Dios,
 Ni de tanto precipicio;
 Y si sientes repugnancia
 En vencer ese apetito
 De llevar galas y afeites,
 Con ostentosos vestidos,
 Recógete á la oración,
 Fija los ojos en Cristo,

Considera sus libreas,
 Contempla sus atavíos,
 Mira, mira si está bien,
 Que estando todo vestido
 De sangre, azotes y clavos,
 De penas y de martirios,
 De desprecios, bofetadas,
 Burlado, escarnecido,
 Tu Dios, tu Criador, tu Padre,
 Tu Redentor compasivo,
 Tu Esposo, Rey y Maestro,
 Tu Señor y tu Caudillo,
 Está adornado de rosas
 El vil criado y el hijo.
 Ea que no, no está bien,
 Rompe de una vez el hilo
 Con que te tiene cautiva
 Tu pasión y tu delirio.
 Imita en algo á Isabel
 Reina de Hungría, que ha sido
 Ejemplo de hermosas damas,
 Cual el mundo haya tenido.
 Esta, pues, prudente Reina
 Estando un día festivo
 En el templo, toda llena
 De galas y adornos ricos,
 Levantó acaso los ojos,
 Miró atenta un Crucifijo,
 Y contemplando de espacio
 En aquel retrato vivo
 De dolores y de penas
 Otro diverso atavío
 Del que sus terrenas carnes
 Y huesos iban vestidos;
 Herido su corazón
 De un inmenso dolor, dijo:
 ¿ Vos de espinas coronado,
 Mi Dios; y á mí, gusanillo,
 Rodean coronas de oro,
 Perlas, lazos, rubíes finos,
 La cabeza vana y loca?
 ¡ Oh qué grande desatino!
 Vos, en vez de anillos, clavos;
 Yo, en vez de clavos, anillos:
 Vos azotes, y yo holandá:
 Vos de vergüenza vestido,
 De oprobios y bofetadas
 El pecho medio partido,
 Y finalmente de sangre,

Sudor y polvo teñido;
 Y yo, polvo miserable,
 No sé si podré decirlo,
 Cubierta de vanidad,
 De joyeles y zafiros,
 De ricas telas de plata,
 De aromas y de ámbar fino:
 Ea que no, vayan fuera,
 Fuera, fuera desatinos.
 De esta suerte estaba hablando
 Esta señora consigo,
 Y extendiendo entrambas manos,
 El corazón encendido
 De amor de su dulce Esposo,
 Arroja guantes, anillos,
 Perlas, lazos, diamantes,
 Corona, joyeles, é hizo
 A la tierra donación
 De todo; mas su encendido
 Espíritu, ya descargado
 De tanto peso, hizo nido,
 Volando, en el corazón
 De su amado Jesucristo,
 Y el cuerpo con un desmayo
 Cayó en el suelo tendido;
 Que la fuerza del amor
 Le quitó todo el sentido.
 Pregunto ahora: ¿ Es mayor
 Tu entendimiento, mas vivo,
 Que el de esta prudente Reina,
 Y de otras sábias que ha habido,
 Que fue Isabel de Boiz,
 De hermosuras un prodigio,
 Que viendo que su beldad
 Y galas eran deslizo
 De muchos, se sujetó
 Cuarenta años á un retiro,
 Donde no fue jamás vista
 De ningún hombre nacido?
 Saco, pues, la conclusión:
 Si estas mujeres han sido,
 Y otras muchas que no cuento,
 Ejemplo de lo que digo;
 Pregunto, por vida tuya:
 Si confesar no has querido
 Ser mas sábía ni prudente
 Que estas damas, ¿ no es indicio
 De que aquellas anduvieron
 Por el mas cierto camino?

Y así... mas para que entiendas
 Cuán justo sea y preciso,
 Para evitar tantos daños
 Como tengo referidos,
 El quitarles la ocasión,
 Y apartar este deslizo,
 Te propongo un raro ejemplo
 De honestidad, y un prodigio
 De valor, que en duro bronce
 Merece estar esculpido.
 Contempla atenta aquel jóven
 Espurina, en quien benigno
 El cielo depositó
 Sus gracias, de que fue indicio
 Su elocuencia en el orar,
 El acierto en su juicio,
 La agudeza de su ingenio,
 Su valor, nobleza y brio.
 Este bello jóven, pues,
 De memoria eterna digno,
 Conociendo que dotado
 De su autor había sido
 De una tan rara beldad
 Y gracia, que era el hechizo
 De todas cuantas mujeres
 Su rostro y talle fue visto;
 Para evitar este daño
 Tomó brioso un cuchillo,
 Con el cual cicatrizó
 Su bella faz; que mas quiso,
 Por no ser causa de mal,
 Ser del todo aborrecido.
 Esto, señora, hizo un hombre,
 Siendo menor el peligro
 Que en su rostro considero,
 Que no el que en tu cara miro.
 Y tú, aun no satisfecha
 De agrandar con tu nativo
 Y hermoso rostro, procuras
 Otros muchos artificios
 Indignos de un pecho noble,
 Casto, cuerdo y entendido;
 Y lo que mas dolor causa,
 Y me corro de decirlo,
 Escotar tanto el jubon,
 Como si el vil apetito
 Necesite de sáinetes
 Para darse por rendido.
 ¿ No es un público pregon

Ese tu cuello, é indicio
 Del ardor con que se abrasa,
 Pues necesita de alivio?
 Ó sino dime, señora:
 El pan y ramo ¿ no es signo,
 Puesto á la puerta, de que
 Se vende allí pan y vino?
 ¡ Oh Dios mio, y qué dolor!
 Haced, Señor, que dos rios
 De sangre mis ojos lloren
 Semejantes desatinos.
 ¿ Dónde está vuestra justicia
 Con los dos cortantes filos
 De su espada, y no reprime
 Desacato tan inicuo?
 ¿ Cómo Vuestra Majestad
 Desde lo alto de su sitio
 No arroja rayos que abrasen
 A los que tan atrevidos
 Se oponen tan claramente
 A vuestros nobles designios?
 Ó ¿ cómo no consentís
 Se abra la tierra, y que vivos
 Los sepulte en las cavernas
 Mas ínfimas del abismo?
 Pero ¿ qué digo, Señor?
 ¿ Castigos os he pedido?
 ¿ Vuestra justicia he invocado?
 De dolor perdí el juicio.
 No, mi Dios, misericordia,
 Clemencia y perdon os pido,
 Y juntamente, Señor,
 A vuestra bondad suplico
 Les comunique su luz
 Y gracia, como confío,
 Para que desde hoy conozcan
 El peligro en que han vivido,
 El mal que han hecho á las almas,
 Y el agravio que á vos mismo.
 Y tú, señora, repara
 El daño que se ha seguido;
 Si no es que quieras probar
 Qué cosa es Dios ofendido;
 El cual si ha disimulado,
 Si tanto tiempo ha sufrido,
 Mira que se cansará,
 Teme un horrendo castigo:
 Y si el temor no bastare,
 Pueda siquiera contigo

El amor, que en pechos nobles
Es eficaz atractivo.
Dime, dama sábia y cuerda,
¿No tendrías por indigno
De la vida al hombre que
Hiciese del beneficio
Armas contra el bienhechor,
De quien fue favorecido?
¿No fuera merecedor
De infame y atroz suplicio?
¿No juzgas debiera ser
De todos aborrecido?
No hay duda, dirás. Pues ¿cómo
No arroja el pecho suspiros,
No brotan agua los ojos,
Hechos dos fuentes ó ríos?
¿Cómo la lengua y los labios
No han del todo enmudecido,
Y cómo entrambos á dos
No lloramos y gemimos
Amargamente con sangre
De las venas si hemos sido
Los que contra el bienhechor
Esta crueldad hicimos?
Yo soy el primero que...
Mas calla, porque decirlo,
Sin perder la vida, fuera
Dos veces mayor delito.
Voy á probar la otra parte,
Porque veas cuán benigno,
Cuán clemente y amoroso
Se ha mostrado Dios contigo.
Pregunto ahora, señora,
Responde: ¿No es beneficio
Esa hermosura que gozas,
Ese talle y ese brio,
Esas galas, joyas, perlas
De que hasta aquí te has servido?
¿No es favor esa salud,
Ese entendimiento vivo,
Esa acertada elocuencia,
Y esas gracias que el divino
Y sumo Dios colocó
En tí, porque fuese indicio
De su poder y bondad,
De su amor y su cariño?
Y de esta suerte lo amases
Cual buen hijo agradecido,
Valiéndote de esas prendas

Para ganar premios ricos
De gloria, con que le goces
Por los siglos de los siglos.
Y tú (¡oh ingratitud!) te sirves
De ellos, en lugar de tiros,
Azotes, espinas, clavos,
Lanza cruel y martillos,
Con que á tu Padre y Señor
Causas segundo martirio:
Pues te sirve la hermosura,
Esa riqueza y aliño,
Ese caudal y talento,
Para que el jóven lascivo,
Traído con el reclamo
De tu compuesto atavío,
Con tantos rizos y lazos,
Se quede preso y cautivo.
¿No son don de Dios las hijas,
A las cuales con ahinco
Procuras dar á beber
Con la leche ese apetito;
Cuando debieras hacer
Que aprendiesen ejercicios
De virtud y devocion,
La doctrina y el retiro,
La devocion á la Virgen,
Socorrer los pobrecitos,
Y frecuentar las iglesias?
Cierto que ya no me admiro
Se vean tan desdichados
Fines, cuando los principios
Suelen ser tan mal fundados
Con el viento de los vicios.
¿Qué cuenta darás á Dios,
En el dia del juicio,
De las prendas que te dió,
Cuando solo te han servido
Para despeñar las almas
En la sentina del vicio?
¿Cuántos hombres clamarán
A Dios del infierno mismo
Contra tí, que fuiste causa
De su tormento excesivo?
Pues si la sentencia en contra
Te diese el Juez infinito
(Aquí quisiera tener
El espíritu encendido
De un san Pablo); qué sintieras,
Dama hermosa, de los lindos

Y largos tratos en que
Empleaste los sentidos
Para el adorno del cuerpo?
¿Qué de los lazos y rizos?
¿Qué de los guantes, holandas,
Franjones de oro y zarcillos?
¿Qué de las galas, joyeles,
Espejos, perlas, vestidos,
Valonas, cadenas de oro,
Rubines, diamantes y anillos?
¿Qué de aquellos albayaldes,
Color y afeites, que han sido
Todo tu Dios en la vida?
¿Qué de los ámbares finos,
Pebetes, aguas de olor
Y almizcle, en que ha vivido
Este cuerpo embalsamado?
¿Qué de tanto desprecio
De brocados que rozaste?
¿Qué de los bailes nocivos?
¿Qué de las muchas comedias?
¿Qué de los cantos lascivos?
¿Qué sintieras finalmente
De tanto tiempo perdido?
¡Oh cómo, si te dejaran,
Si te fuera concedido
Volver á aqueste hemisferio,
No solo hubieras querido
No haberlo usado jamás,
Pero ni aun conocido!
¿Cómo muy de voluntad
Arrojaras ese aliño
En el suelo, le pisaras
Y pusieras en olvido!
Pues ¿qué será si luego,
Cogiéndote los ministros
Infernales, comenzasen
A ponerte á los piés grillos,
Y manillas en las manos
De hierro, que convertido
En fuego te atormentase?
¿Qué si en lugar de cintillo
Te cercasen con cadenas,
Y diesen luego contigo
En el lugar preparado
Para tu eterno martirio?
¿Pues qué si luego empezasen
A descargar sus martillos
En esta cabeza que antes

No sufría un dolorcillo?
¿Qué si luego te metiesen
En algun horno encendido,
Con cuyo ardor comparado
Es el de acá aun fingido?
¿Qué si despues te arrojasen
En medio del yelo frío,
De donde en saliendo, luego
Estuviese prevenido
Un asador, con el cual
Te asasen como á cabrito?
Y á la fin, ¿qué sentirias
De las cosas de este siglo,
Si vieses que ha de durar
Por los siglos de los siglos?
¿Qué remedio no intentaras,
Qué suficiente peligro
Fuera para reprimirte?
Pues, dama hermosa, lo mismo
Debes ahora sentir
Y hacer que hubieras sentido
Y hecho entonces, si te hallaras
En semejante peligro.
Considera atentamente
Lo que en una ocasion dijo
Fray Jordan á un caballero
Que estaba todo metido
En galas y pasatiempos,
Sin que pudiesen avisos,
Premios, amor, amenazas,
A sacarle de sus vicios.
Díjole: Señor, siquiera
Piensa en los ratos perdidos,
Cuánta lástima será
Que tu hermosura y tu brio
Se vea despues cercado
De llamas, tan denegrido
Y feo como el demonio,
De todos aborrecido.
Hizolo solo una vez,
Y quedó tan convencido
Y movido, que dejó
Sus padres, deudos y amigos,
Galas, riquezas y cuanto
El mundo tiene; y se hizo
Religioso, en cuyo estado
Halló muy seguro asilo.
Esto mismo te aconsejo,
Que si lo hicieres, confío

Quedarás desengañada,
 Y acertarás el camino ;
 Y si acaso me concedes
 Ser verdad cuanto te he dicho,
 Y aun con todo no haces caso
 Tratando de diferirlo :
 Dime, dime : ¿ Te aborreces,
 Quieres á un perpétuo olvido
 Sujetarte, por querer
 Parecer bien un poquito ?
 Vuelve, vuelve sobre tí,
 Muestra tu valor y brío
 En vencer esa afición,
 Y verás en tí cumplido
 El gozo que te prometo,
 La paz y quietud que he dicho :
 A mas, que Dios obligado,
 De esta accion agradecido,
 No solo lo pagará
 En este presente siglo
 Con dichas y bienes grandes,
 Y colmados beneficios,
 Sino en el venidero,
 En el constante y macizo,
 En aquella eterna gloria
 Y abundante paraíso,
 Donde el gozo siempre dura,
 Donde el vivir es continuo,
 Donde cada cual parece
 Un astro bello, un sol vivo ;
 Donde todos en su reino
 Reinan sin algun peligro ;
 Donde nunca se conoce

La enfermedad, el fastidio,
 La sed, calor y la hambre,
 El sueño, cansancio y frio ;
 Donde el temor no amedrenta,
 Ni el dolor es conocido,
 Ni tiene lugar la muerte,
 Ni hay allí ningun peligro ;
 Todo es ya seguridad,
 Todo gozo, todo alivio,
 Todo gloria, todo fiesta,
 Todo sumo regocijo,
 Todo descanso, alegría,
 Placer, hermosura, allño,
 Donde el céfiro recrea,
 Donde se pisa el zafiro,
 La esmeralda y diamante,
 Y finalmente el vestido
 Es gloria, luz, claridad.
 En este, pues, gran retiro,
 En este eterno descanso,
 En aqueste ameno sitio
 Te lo pagará Dios todo,
 Y en lugar del atavío
 De que en vida te privaste
 Por su amor y su cariño,
 Te vestirá el Rey de gala
 Tan rica, que ni aun decirlo
 Pueda alguna humana lengua ;
 Y puesta en un alto sitio
 De oro, rubines y estrellas,
 Gozarás eternos siglos
 De la dicha que, privándote
 De ese adorno, has merecido.

SONETO Á LA MUERTE.

Retrato vivo, que entre sombras muertas
 Nos dices á la fin en qué paramos,
 Triste cadáver, que si te miramos,
 Eres espejo de verdades ciertas :
 ¿ De qué te sirven, dí, esas piezas yertas,
 Que de tanto valor las respetamos ?
 ¿ Qué es de tus gustos ? Pues si reparamos,
 Se huyeron cuando vieron tus reyertas.
 ¿ Qué es de tu talle ? Pues si considero
 Y contemplo de espacio tu figura,
 Has quedado tan feo, que yo infero,
 Que si el que mas amaba tu hermosura
 Viese retratos de tu rostro fiero,
 Ni aun miralles quisiera en la pintura.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

LIBRO PRIMERO.

	PÁG.
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I.— La ignorancia que hay de los bienes verdaderos, y no solo de las cosas eternas, sino de las temporales	7
CAP. II.— Cuán eficaz consideracion sea la de la eternidad para mudar de vida	10
CAP. III.— La memoria de la eternidad es de suyo mas eficaz que la de la muerte	14
CAP. IV.— El estado de los hombres en esta vida, y miserable olvido que tienen de la eternidad	18
CAP. V.— Qué sea la eternidad, segun san Gregorio Nazianceno y san Dionisio	22
CAP. VI.— Qué sea la eternidad, conforme á Boecio y Plotino	24
CAP. VII.— Declárase qué es la eternidad, conforme á san Bernardo	27
CAP. VIII.— ¿ Qué es la eternidad ? no tener fin	32
CAP. IX.— Como es la eternidad sin mudanza	40
CAP. X.— Como es la eternidad sin comparacion	43
CAP. XI.— Qué cosa sea el tiempo, segun Aristóteles y otros filósofos, y la poca consistencia de la vida	50
CAP. XII.— Cuán breve sea la vida : por lo cual se ha de despreciar todo lo temporal	54
CAP. XIII.— Qué es el tiempo, segun san Agustín	59
CAP. XIV.— El tiempo es ocasion de la eternidad, y cómo debe el cristiano aprovecharse de ella	64
CAP. XV.— Qué es el tiempo, segun Platon y Plotino, y cuán engañoso sea todo lo temporal	70

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.— Del fin de la vida temporal	74
CAP. II.— Notables condiciones del fin de la vida temporal	84
CAP. III.— Del momento que está en medio del tiempo y eternidad, y como por ser fin del tiempo de esta vida un momento, es por eso terribilísimo	96
CAP. IV.— Por qué es terrible el fin de la vida temporal	100
§ II.— Otra causa de la terribilidad del fin de la vida, que es la averiguacion de lo que se pecó en ella	106
§ III.— La terribilidad del fin de la vida temporal, por el cargo que en él se hace de los beneficios divinos	111
CAP. V.— Como aun en esta vida hace Dios rigurosísimo juicio	116
CAP. VI.— Del fin de todo tiempo	120
CAP. VII.— Como se han de alterar los elementos y cielos al acabarse el tiempo	123